

EL TRÍO DE LA DAMA NEGRA



Capítulo 14

UN DÍA MUY MOVIDO



—¡Vaya, vaya, vaya! —empezó a decir el chico que había aparecido frente a nosotros—. ¡Pero qué suerte! Mira a quiénes tenemos aquí.

A los tres pequeños sabuesos...

Mis amigos se detuvieron, el primero por delante de mí, el otro dos pasos por detrás.

—Tranquila —murmuró Lupin.

Pero la manera en que se habían dispuesto en medio de la calle, como si quisieran protegerme, no me hizo estar nada tranquila. ¡Una panda de golfillos nos había tendido una emboscada en toda regla! Eran gamberros, ladronzuelos del puerto. Se veía por las ropas que llevaban, por cómo arrastraban los pies y por su amenazador modo de moverse. Los conté intentando mirarlos lo menos posible; eran cinco. En efecto, por una calleja más adelante, hacia el puerto, habían aparecido otros dos delincuentes que se habían sumado a la panda.

—Sí, sí, ¡los tres pequeños metomentodos! —siguió diciendo el primer chico con una sonrisa burlona—. Que no saben quedarse donde deben. —Escupió en el suelo y se detuvo a tres pasos de nosotros.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Sherlock.

—¿Que quién soy? ¿Habéis oído? ¡Pregunta que quién soy! —Los ojos del gamberro brillaron con una luz maligna, mientras que sus compinches se echaron a reír sarcásticamente—. ¿De veras te interesa tanto saber quién soy?

—No —contestó Sherlock, glacial—. Pero me gustaría saber qué haces aquí.

—¿Que qué hago aquí? Esta es mi ciudad —dijo el gamberro alzando la barbilla, desafiante—, no la tuya.

—Ah, si tú lo dices...

—Exacto, lo digo yo. Y si quieres, te cuento también los rumores que corren últimamente por aquí.

—No soy aficionado a los cotilleos, pero si te hace ilusión... —respondió Sherlock, aún imperturbable.

—Dicen que, desde hace unos días, hay tres mocosos extranjeros que van por ahí haciendo demasiadas preguntas, que van a playas peligrosas...

Alcé la mirada de sopetón.

«¡La misteriosa figura encapuchada que vi en la playa! ¿No sería más que uno de estos delincuentes disfrazado?», me pregunté.

—¡Esos tres niñatos deben de ser realmente estúpidos para meterse en líos así!
—prosiguió el jefe de la pandilla, provocando otra oleada de carcajadas.

—¿Has dicho estúpidos? —replicó Sherlock—. Bueno, entonces no es a nosotros a quienes buscas. Adiós. E hizo ademán de seguir andando. Pero el otro saltó como un muelle para cerrarle el camino.

—¡Despacio! —exclamó—. ¡No hay prisa!

Y su movimiento fue como una orden para el resto de la panda. También los otros cuatro gamberros avanzaron hacia nosotros y nos rodearon. Sentí que la espalda de Lupin se apretaba contra la mía y su voz me susurraba de nuevo:

—Tranquila. Sigue tranquila. No los mires.

—¿Quién te crees que eres, larguirucho? —le preguntó el jefe de los golfillos a Sherlock, que estaba dos pasos por delante de mí.

—No soy un individuo especialmente interesante —respondió él gélidamente.

—¡Pues a mí me interesas! —repuso el otro dando otro paso hacia nosotros—. ¡A mí y a mis amigos!

—Te lo advierto —dijo Sherlock con los dientes apretados—, estás cometiendo un grave error. Déjanos pasar.

—¡A mí me parece, en cambio, que el que se equivoca eres tú, larguirucho! —gruñó el otro—. Os hemos visto, ¿sabéis? Sabemos lo que estabais haciendo...

El corazón se me paró un instante. ¿A qué se refería? ¿Al cadáver de la playa, dos días antes?

—¿De veras? —preguntó Lupin en voz alta, interviniendo por primera vez—. ¿Y quién os lo ha dicho? ¿Ha sido el bribón de Spirou?

El más pequeño de los gamberros se sobresaltó, sorprendido de que alguien conociera su nombre.

—Ni siquiera creía que supiera hablar —añadió Lupin, burlón—. ¿Y tú, Sherlock? ¿Sabías que Spirou podía hablar?

—Me lo dijeron, pero no lo creí —contestó Sherlock. Dos gamberros se rieron a su pesar, mientras que aquel al que Lupin había llamado Spirou hinchó el pecho tratando de disimular su vergüenza. Después, el jefe hizo un gesto imperativo y en la calleja se hizo de nuevo el silencio.

Se oyó el chillido de las gaviotas a lo lejos.

—Será mejor que tengáis mucho cuidado... —prosiguió el jefe de la panda—. Volved a jugar con muñecas, dad bonitos paseos... ¡Esas son las cosas que os corresponden! Y sobre todo, ¡dejad de ir por ahí haciendo preguntas!

—¿Has oído, Sherlock? —dijo Lupin con un suspiro socarrón—. Nada de preguntas...

—Es realmente terrible, amigo mío —dijo Sherlock en el mismo tono guasón—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¡Ahora dais media vuelta y desaparecéis! —vociferó el gamberro.

—¿Y qué nos aconsejas, muñecas o paseo? —replicó Lupin antes de estallar en una sonora carcajada.

—Me parece que no lo has entendido, ¡esto NO ES UNA BROMA, niñato! —gruñó malhumorado el jefe de la panda.

—Sin embargo, tiene toda la apariencia de serlo —repuso Sherlock.

—Cierto —asintió Lupin—. Una payasada que ni siquiera hace gracia.

Me volví para mirarlo, asombrada. Y lo mismo hizo el gamberro.

—¿Cómo has dicho? ¡¿Quién es el payaso?!

—Es obvio, tú y tus amigos —respondió Lupin con toda la calma del mundo.

—Y me duele tener que confirmarlo, pero ni siquiera sois de los mejores —le hizo eco Sherlock.

Se oyó un clic. Algo brilló en las sombras. Ahora el gamberro tenía en las manos una reluciente navaja.

—Quizá no habéis entendido bien a quién tenéis delante... —dijo plantándole a Sherlock la navaja delante de la nariz.

—No —respondió este, impasible—, el que no ha entendido eres tú.

Y le asestó un gancho tan violento que lo tiró al suelo sin que pudiera rechistar. Los momentos siguientes parecieron durar una eternidad. El pequeño Spirou y otro gamberro se lanzaron contra Lupin, que los tumbó, a uno de un puñetazo y al otro de una zancadilla ejecutada con rapidez felina. Sherlock, aprovechando que el jefe estaba atontado, le propinó una patada en la mano y la navaja salió volando hasta caer lejos. Luego se acercó a los dos gamberros restantes y los desafió con los puños levantados.

Con el rabillo del ojo vi que, en el suelo, su jefe, recuperado ya del puñetazo de Sherlock, intentaba arrojar a sus piernas.

—¡Tú, a dormir! —le grité dándole una patada.

Volvió a derrumbarse sin proferir un lamento.

—¡Ahora vámonos! —dijo Lupin. Por lo que parecía, el pillo de Spirou había salido por piernas y Lupin peleaba con un solo adversario. Observé a Sherlock: hacía frente a los dos gamberros como un boxeador profesional. Con la guardia alta y las piernas ligeramente separadas, cambiaba el peso de una a otra y esquivaba los golpes con agilidad. O al menos lo intentaba.

Cuando lo vi encajar un vigoroso uppercut, tuve que cerrar los ojos.

—¡Irene! —me llamó Lupin después de haberse desembarazado de su contrincante con un rápido uno-dos. Me agarró por el brazo y me condujo a la boca de un callejón.

—Pero Sherlock... —balbucí volviéndome hacia nuestro amigo, que aún se batía.

—¡Se las apañará perfectamente solo! —dijo Lupin riéndose y tirando de mí.

Pero yo me solté de él. Por un momento me había parecido que los dos delincuentes llevaban las de ganar.

—¡Sherlock! —repetí. Instintivamente, quise correr hacia él.

Así fue como me percaté del carruaje que se aproximaba. El cochero tiró de las riendas hasta hacer encabritarse a los caballos y pasé a escasa distancia de sus pezuñas.

Me volví para mirar el carruaje. El cochero se había puesto en pie sobre el pescante y enarbolaba el puño hacia nosotros.

Detrás del vidrio atisbé un rostro femenino elegante y triste. Me pareció que me miraba como si le diese pena.

Pero no fue más que un instante.

Cuando miré de nuevo a Sherlock, comprendí que me había equivocado. Uno de los bribones había huido ya y el otro estaba encajando los golpes de mi amigo.

Lupin llegó hasta mí.

—¿Qué te decía? ¡Venga, vámonos ya!

Esta vez le hice caso y empezamos a correr a más no poder por las callejas de Saint-Malo. Lupin me agarraba firmemente de la mano y me guiaba esquina tras esquina, con seguridad, sin ralentizar nunca el paso.

—¿De qué te ríes? —le pregunté la primera vez que paramos para tomar aire. Sentía que el corazón me explotaba y notaba un gran calor en el pecho.

—Bueno —contestó él, que apenas jadeaba—. ¡Ha sido divertido!

—¡¿DIVERTIDO?! ¿Que una panda de matones nos amenace con una navaja?

—¿Matones? ¿Esos? ¡Eso quisieran! —fanfarroneó—. ¿Has visto cómo les hemos ajustado las cuentas?

—Sí, pero a Sherlock... ¡lo hemos dejado solo!

—¡Era más importante sacarte de allí!

—¡Sé cuidar perfectamente de mí misma!

—Creo que nuestro amigo se ha dado cuenta —volvió a reírse—. ¡Y la marca de tu bota en la mejilla le recordará este encuentro durante mucho tiempo!

Me apreté contra él improvisadamente.

—¿Lupin?

—¿Qué? —me preguntó. Pero me miraba a mí y no la calle. Me miraba con aquellos ojos suyos profundos y brillantes.

Le agarré la barbilla y se la giré; se la tuve sujeta hasta que no tuvo más remedio que ver a los tres nuevos granujas que venían hacia nosotros.

—¿De dónde salen estos? —me preguntó.

—No lo sé, señor yo-me-ocupo-de-todo. ¿Y ahora qué hacemos?

Retrocedimos. Hasta acabar con la espalda contra la pared. Los tres avanzaban arrogantemente, ocupando toda la calle bañada por el sol.

No sé por qué, pero siempre había imaginado que ciertas cosas solo ocurrían por la noche, y solo en cierto tipo de literatura, como la del señor Robert Louis Stevenson, y que solo de noche podían existir aquellos callejones desiertos, perfectos para las encerronas.

Cuando resultó evidente que no había más opción, Lupin me soltó la mano y dijo:

—No te preocupes. Yo me ocupo.

Y se interpuso entre ellos y yo.

En aquella ocasión, su técnica de combate me asombró: alzó los hombros, levantó los brazos y atacó a sus adversarios gritando como un loco. Imagino que era para intentar asustarlos. Y por un momento pareció funcionar...

Los tres se pararon y cruzaron miradas de perplejidad. Luego siguieron avanzando, a la carrera, más animosos que antes.

Entonces vi que Lupin retrocedía medio paso, indeciso sobre cómo encararse con ellos. Tres contra uno.

«¡Esta vez no se libra!», pensé. Pero, en cambio...

Una sombra negra les cayó a los gamberros por la espalda, repentina como la tromba de agua de una crecida. Agarró a dos y los zarandeó, golpeándolos contra una y otra pared del callejón.

El tercero se quedó tan sorprendido ante aquel nuevo ataque que por un instante no supo adónde mirar, si a Lupin o al recién llegado.

—¡Señor Nelson! —exclamé yo, sintiéndome como en un sueño. Corrí hacia él y Lupin, que, entretanto, se había enzarzado con el último de los gamberros.

Era un chico musculoso que sabía luchar. Él y Lupin respondían a cada golpe del otro. Después de saltar hacia atrás para esquivar un puñetazo, Lupin se encontró junto a mí y se volvió rápidamente para mirarme. Tenía la cara tensa, con el gesto del combate, pero por un instante se deshizo en una sonrisa.

—¡Vete, vengame! —me dijo guiñando un ojo. Y luego recompuso la cara anterior.

No me dio tiempo a detenerlo. El señor Nelson se había arrodillado frente a mí, como si yo fuese aún una niña, y me miraba a los ojos.

—¿Va todo bien, señorita Irene? —me preguntó.

Asentí, mirándolo. ¿De dónde había salido?

¿Cómo se había enterado?

Él me tomó de la mano, saltamos por encima de los dos gamberros que había abatido como un ciclón y me obligó a alejarme del callejón.

—Señor Nelson... —balbucí—. ¿Y mis amigos?

Veía sus hombros subiendo y bajando delante de mí.

—Oh, no se preocupe, señorita Irene. Por lo que he visto, creo que se las arreglarán muy bien solos.

Actividades

Responde estas preguntas en la libreta de lengua o descárgalas en un documento de word:

 **¿Quiénes eran los chicos que les cortaron el paso a Irene y sus amigos?**

 **¿Cómo acabó el encuentro entre los chicos de la calle e Irene, Sherlock y Lupin?**

 ¿Quién acudió e ayuda de Irene para sacarla del peligro de la pelea?

Para corregir envíamelo a mestrademate@gmail.com